

44 1283

8

**OFICINAS:**  
 Lauria, 35 - Barcelona  
**TELEFONOS:**  
 Redacción . . . 18464  
 Administración. 18465  
 Talleres Hueco 54666

# EL NOTICIERO UNIVERSAL

Viernes, 31 Enero 1930  
 Año XLIII - Núm. 14.418  
 Complemento Ilustrado  
 CUATRO PÁGINAS

DIARIO INDEPENDIENTE DE NOTICIAS, AVISOS Y ANUNCIOS  
 Fundador: D. FRANCISCO PERIS MENCHETA



PASTORCILLO DE LOS PIRINEOS (CATALUÑA) Cuadro de Dionisio Baixeras Verdaguer



Quedó la vieja plazoleta provinciana encastrada entre rascacielos de reciente construcción. Sus cuatro acacias y su precaria alfombra de musgo eran las únicas pinceladas verdes en un cuadro de tonos grises. Era también la plazoleta, con su gracia demodada, la sola nota poética en medio de un ambiente agitado y comercial, resoplante de bocinas de automóvil y de campanillazos tranviarios.

Al espectador podría parecerle que toda actitud individual hubiérase extinguido; que toda la ciudad anduviese a un solo ritmo: el que marca la palabra hoy mágica: americanización. Error. A la sombra de los modernos edificios, al lado de los raudos "seis cilindros", se empeñan en vivir su vida unos cuantos seres para los cuales el tiempo no pasa. Van diariamente a pacer en el viejo jardínillo; aquella hierba y aquellos árboles que sólo consiguen una mirada distraída de los "businessman" de la vecindad, alimentan su corazón.

Llega el viejo del violín. Por debajo de las anchas alas de su sombrero asoman las guedejas de artista rebelde, hoy plateadas. Lleva el uniforme de los vencidos, la ropa cien veces recompuesta y que diariamente se deshila un poco más. Ha desplegado el taburete. Sobre la acera el platillo en el cual caerá el cobre que dará vida al tenue sonido emergente del instrumento, al igual que el fluido en los viejos contadores de "gas pobre". El hombre ha empezado ya su cotidiana tarea de proveedor de melodías sentimentales a uso de soñadores.



## Tipos Callejeros

Podríamos atravesar la plaza en pos de las notas del violín hasta detenernos al pie de una acacia, donde una dama hace calceta sentada en una silla del jardín. Esta señora cuarentona acude diariamente a la cita del violín. Sus dos niños, que juegan no lejos de ella, el hilo y las agujas danzantes en sus manos, las señoras sentadas a su vera, el jardín, la plaza, todo desaparecerá en cuanto el arco del viejo saque las primeras notas del instrumento. El violín hace revivir a la dama toda la vida pasada y evoca en su imaginación los dulces atractivos de su juventud perdida.

Salidas de la caja del violín flotan en el aire melodías de otros tiempos: empolvados aires de ópera, vales vieneses, sonatas románticas. Frágiles como son estas notas, en la mente de la dama edifican castillos de ilusión, levantan jardines frondosos y pálidos de luna. Al compás de la música, la realidad se esfuma poco a poco para dejar paso al delicioso panorama de los diez y seis años, edad en la que hablaba el corazón y en la que la copa de la vida, repleta aún de gozos y presentimientos, ofreciese a sus labios temblorosos de colegiala.

Hoy... Hoy, en vez de las trenzas rubias cuelga por debajo del sombrerito una melena, en la que las tinturas y el corte a



la moda no bastan a disimular unos hilillos blancos. Hoy el corazón está también henchido de amor, pero no del amor quimérico de antaño, sino del sereno amor de madre. Hoy la dama está unida a la prosa de la vida, de la que solamente se evade cabalgando en las notas chillonas del violín del viejo.

Ahora las manos del músico arrancan del instrumento unos lamentos que preludian la Sonata de Toselli. ¡Qué tiempos aquellos—suspira la dama—en los que una tonada sentimental marcaba una vida! ¡Tiempos en los que un músico enamoraba una princesa romántica y en los que las doncellas dejábanse besar al claro de luna!

La dama de la calceta créese transportada a regiones quiméricas. Siente el gozo que proporciona el matar el tiempo y el revivir lejanos recuerdos. Es devuelta a la realidad por la vocecita de sus pequeños, que claman: ¡Mamá! La dama de la calceta se sobresalta y en su rostro apunta el tono rojo de la vergüenza, cual si

hubiese sido sorprendida en una reprobable acción.

Aparece en la plazoleta el hombre del acordeón. En sus manos el instrumento es un cuerpo que se lamenta, encogiéndose y estirándose.

El acordeón es el instrumento de los humildes. Carece de notas pomposas y triunfales; de entre los pliegues de su piel brotan tan sólo quejidos y suspiros. La melodía nace ya cansada, como sabiéndose impotente para producir la ilusión.



¿Quién puede gustar en la ciudad tumultuosa esos pobres aires campesinos que toca el hombre del acordeón? Danzas de la montaña, que en las ferias removían a las mozas y a los zágales endomingados; canciones vulgares saboreadas por bravos marinos, bebedores de sidra, allá en las tabernas de las costas cántabras. ¿A quién le será accesible su resignada melancolía?

Sin embargo, en la plaza hay un par de orejas atentas a los lamentos del acordeón. Un par de orejas que asoman entre una tupida bufanda y una gorra ribeteada y de visera de charol. El viejo guardapaseos es sensible a la voz del acordeón. Ha parado la marcha al oír estas tonadas antiguas que ahora le llegan mezcladas con recuerdos de su mocedad. A su conjuro aparece la plaza del pueblo natal, la ermita en días de romería y las callejas despertadas en la noche por la algazara de las rondas juveniles.

Oyendo el acordeón, el pobre guarda rehace la figura retadora y gallarda de su juventud. Sonríe con ironía pensando en su adolescencia envenenada por el deseo de irrumpir en la ciudad en plan de conquistador. Y, al igual que en esos típicos anuncios de específicos donde el ex enfermo tira las muletas, de buena gana daría un puntapié a las plantuflas, al gayato y el grueso capote, prendas de su derrota y servidumbre urbana.

Ahora llenan la plaza las notas chillonas del manubrio. Brotan de su caja los últimos tangos, los charlestones de moda y toda la música del momento, popular y acanallada. Melodías que vomitan las bocas de los escenarios, que se desparan por las calles de la urbe, penetran en los talleres y llegan a las cocinas, hasta que la ciudad las vocifera a un solo grito, tenaz y obsesionante.

Da vueltas al manubrio un tipo de blusa oscura y chulesca gorra ladeada en la frente. De entre sus labios pende un pitillo en el que resume toda su indiferencia y aburrimiento de repartidor de música seriada. Su compañero recorre la calle implorando de los balcones el coti-



diano maná de calderilla.

¿Con qué momento sentimental riman esos aires callejeros? ¿A qué corazón apunta esta música mecanizada, ahuyentadora de toda poesía? El piano es un foco potente y su música un haz luminoso en el que una pareja de enamorados hállase a sus anchas.

Ella es la nodriza opulenta, vestido de cuadros y grandes lazadas. Lleva aún pintada en la cara toda la ñoñez pueblerina y son sus brazos amplia cura para un risueño bebé. El es el tipo clásico del palurdo a quien el azar ha llevado a la ciudad; cejijunto, mal rasurado y la boina como tapón de una figura casi troglodita. Es el hombre que ha trabajado en el "metro", llevando bultos a la estación y que hoy, cesante, fia el logro de empleo en una recomendación que la nodriza mendiga a sus señores.

La conversación sostenida por la pareja, henchida de frases hechas y giros plebeyos, es la letra que conviene a las tonadas escapadas del piano. Colorines sonoros, tejedores de un ropaje fastuoso para abrigar un mísero idilio.

El niño que la nodriza lleva en brazos despierta a la realidad, a los acordes de la más vulgar palabrería, sincronizada por las cuerdas de un manubrio. ¡Ironías de la vida! Puede que, andando el tiempo, la tierna criaturita de hoy, convertida en hombre sentimental, hable con añoranza y melancolía de las dulces canciones y villancicos que mecieron su infancia.

A. ARTIS TOMAS.

Ilustraciones de Bofarull.



# CHARLAS CON GENTE CONOCIDA

—¡Tuut... Tuut... Tuut!  
 —.....  
 —¿Digame?  
 —Hablo con Costa?  
 —El mismo.  
 —¡Soy Biak-Bat!  
 —¡Hombre! Ya era hora que oyera su grata voz. Con las ganas que tenía de charlar con usted después de tanto tiempo de silencio.  
 —Pues en esta ocasión, sólo podré complacerle breves momentos. Mi objeto era únicamente saludarle, al declinar el año y desearle el Nuevo, muy próspero. No obstante, como siempre, me tiene a su disposición para satisfacer el deseo que me indica, que también es el mío. Por cierto que todavía me adeuda usted el envío de anécdotas que quedó en mandarme este verano.  
 —Es verdad — dijo Costa; y añadió —: quiere que mañana nos encontremos en el Parque de la Ciudadela, a las once, y paseando por aquellos poéticos rincones, le liquide la promesa? ¿Le parece bien, junto a la estatua de Prim?  
 —Allí estaré — le dije.  
 —Pues hasta mañana.  
 —Adiós. ¡Felicidades!

Son las once del siguiente día y aparece el gran artista, por la puerta del Parque, con su paso lento y estirado. Me acerco, media fuerte apretón de manos y un efusivo abrazo, casi interminable.  
 —¿Qué va a ser ello? — pregunta Costa.  
 —Sencillamente, un pequeño coloquio, con testigos — le respondo —. Este señor, que viene conmigo y al que tengo la satisfacción de presentarle, va a ser nuestro compañero. Es un artista del objetivo, que va a bordarnos la charla, impresionando unas placas interesantes.  
 Hizo Costa una pausa y con cierta energía me dice:  
 —Nada de interviús.  
 —Nada de esto, Costa. Solamente va usted a narrarme las anécdotas prometidas, las cuales haré poner en letras de molde y esmaltaré con los gráficos que nuestro



FRANCISCO COSTA

Costa, visto por H. Rubemann



F. Costa

compañero Gotia obtenga. A ello no puede usted negarse; el público tiene derecho a conocer las anécdotas de los hombres privilegiados.

Y, aunque no muy convencido, púsose a nuestra disposición y nos dirigimos al tren miniatura, que, frente a la Cascada, tiene emplazada su modesta estación. Hicimos un viaje y allí empezó el diálogo anecdótico. Y aunque fueron muchas las que me refirió, sólo daré a conocer algunas de las más importantes.

★  
 La acción en Bruselas...  
 Regresaba Costa, con varios amigos, de un concierto. Al llegar frente a la terraza del café Ma Campagne, llamóle la atención un pobre muchacho, músico ambulante, de unos doce años, que, con el brazo derecho mutilado por su parte media, en cuyo extremo tenía adaptada una púa, rasgueaba un instrumento de cuerda que tenía encima de un velador. Compadecido de aquel triste cuadro, pidió Costa a uno de sus

compañeros el violín, al mismo tiempo que encargaba a otro que, mientras él ejecutara, pasara el sombrero entre los consumidores que escuchaban y recogiera las dádivas. El éxito fué colosal, llegando a recaudar 60 francos que, con gran satisfacción, entregó el mismo Costa al desgraciado mutilado. Nada de particular tiene que al siguiente día el muchacho se presentara al dueño del café a preguntarle si volvería a pasar su genial protector. Con este motivo, Costa llegó a adquirir cierta popularidad. Comentábase con gran simpatía el caritativo acto. El dueño del establecimiento quiso aprovecharse de ello y, con miras a su negocio, presentóse en el domicilio de aquél a ofrecerle una buena contrata a base de dar en su establecimiento varios conciertos, argumentando que en él se reúnan músicos eminentes, entre otros, Ysaye, De Greef, etc., a cuyo ofrecimiento, después de agradecido, no aceptó, manifestando que cuando los señores que le mencionaba y otros por el estilo iban al café lo hacían precisamente para no oír música.

En el pintoresco pueblito de Llodio, posee el marqués de Urquijo una suntuosa man-

sión. En ella, y ante lo más selecto de la nobleza española, ha dado Costa diferentes conciertos. En uno de ellos, al terminar aquél de tocar, uno de los más graves y elevados personajes palatinos, cautivado por el inimitable arte, cogió el violín y, sin darse cuenta de que le estaban observando, empezó a imitar los gestos del gran violinista.

En la plaza de este mismo pueblecito, dió espontáneamente Costa un concierto. Al terminar, el maestro pueblerino, poeta a la vez, emocionado, le felicitó, apretándole la mano con tal fuerza, que el insigne concertista, con gran disimulo y trastornado por el cálido entusiasmo de su admirador, dirigió la vista hacia ella, para ver si le había magullado los dedos; mientras el expansivo magíster, le decía:  
 —¡Me ha dejado usted sólido!

Del éxito de este concierto, se habló, varios días, haciéndose del mismo diversos y curiosos comentarios. Uno del pueblo, refiriéndole a otro que no había podido asistir, le decía: "¡unos sonidos le saca al violín, que al "afllaor" parece!". Otro lo comentaba, de esta forma: "¡yo tres ratos tener quisiera, el del Papa, Belmonte y Costa.". El mozo de una posada

hablando con su dueño: "¡este muchacho ser joven todavía, habrá almorzado con Rossini y Beethoven!". Y uno que se adelantó, al terminar el concierto, después de felicitarle, le dijo: "¡Vd ser el Sarasate español!"...  
 ★

A todo esto, ya habíamos terminado el viaje en el tren miniatura y nos dirigimos al departamento donde está instalada la colección zoológica. Ya en él, mi virtuoso amigo, dirigióse a la "Julia", obsequiándola con un panecillo que el popular y simpático proboscideo aceptó agarrándolo con la trompa, mientras el diligente reporter gráfico impresionaba el asunto en la cámara oscura. Seguimos paseando y admirando la variada e interesante colección, y de nuevo vuelvo a inquirir al amigo. —¿Pero de América, no tenía usted algo para contarme? Hizo Costa una pausa y asintiendo, en éstos o parecidos términos, dijo lo siguiente:

—Vd. que vino a despedirme, cuando embarqué para el nuevo continente, recordará que mi estado de salud no era muy satisfactorio. No obstante, tenía mi compromiso y allá fui; con tan mala estrella, que llegué a Buenos Aires, enfermo. Di unos cuantos conciertos y pasé a Montevideo, donde tenía que dar otros varios. Al llegar al quinto, hacía cuatro días que me hallaba postrado en cama, con más de cuarenta grados de fiebre y ciento veinte pulsaciones, según confirma el certificado que aún poseo. El día del concierto, me hallaba en este fatal estado, pero por efecto de la fiebre, me levanté, aunque no podía sostenerme en pie. A las ocho y cuarto, apareció el médico, el que me reanimó con unas inyecciones de alcohol alcanforado y cafeína. Presentéme con retraso al teatro. El público impaciente, ya empezaba a alborotar y al aparecer en el escenario, cual no sería mi estado, que una señora que ocupaba una butaca de la primera fila, al ver en la forma que salía, murmuraba: —Este señor está mareado. Pero como yo estaba bajo la influencia de la fiebre, de nada me di cuenta. Terminé el concierto y puedo asegurarle, según también opinión



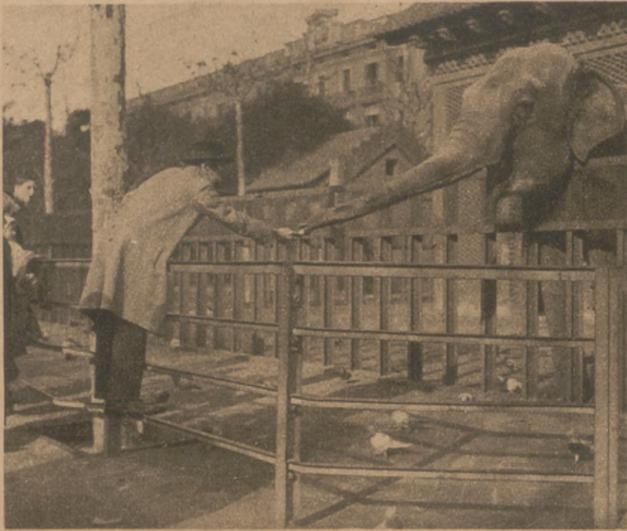
Costa, obsequiando a varias palomas

unánime de la Prensa, que aquel ha sido el día que mejor he tocado durante mi vida. Tan quebrantada estaba mi salud, que al siguiente día se presentaron en el hotel mi buen amigo, el diplomático don Julián Noguera, acompañado de tres médicos y después de concienzuda consulta y con engaños, me colocaron en un auto y me llevaron a Buenos Aires a un Sanatorio, en donde estuve hasta repormerme, regresando en seguida a España...  
 ★

Algo fatigados, decidimos sentarnos en un banco, desde el cual pudimos contemplar el sugestivo panorama que nos brindaron unas palomas pisoteando la arena del piso en busca de unas migas de pan o granitos de arroz, que los visitantes de tan pintoresco lugar proporcionan a aquellas candidas aves. A un cariñoso llamamiento, acercáronse en un vuelo varias de ellas, ofreciéndoles Costa unas semillas de arveja, que las simpáticas palomas picaron en sus manos. Volvimos a



Costa, con nuestro colaborador "Biak-Bat"



Costa, haciendo un obsequio a la "Julia"

enterado, exclamó: ¡Mañana, mandaré un retrato para que lo publiquen!  
No cabe duda alguna que las melenas que usa el notable artista, aunque sin ser una exageración, han contribuido a su notoria popularidad, como lo demuestra la anécdota referida y la que sigue.

Realizaba una tournée por Marruecos y Andalucía. Su empresario se hallaba en Málaga, y sabía que Costa, tal día p. e., un sábado, desembarcaba en Algeciras procedente de Casablanca, y como el domingo debía tocar en Málaga, le convenía al empresario, para adelantar tiempo, que Costa le mandara con urgencia, desde aquella población, el programa que debía ejecutar. Para ello, determinó telefonarle a Algeciras; pero ignorando dónde se hospedaba, encargó a la Central de Teléfonos, después de dar las señas de aquél, destacasen un botones para que fuera a la busca y captura del eminente violinista. Pero, las cosas de la vida; Costa no conocía Algeciras y prefirió hospedarse en casa de un



El gran artista en el tren miniaturá

reanudar la charla, contándome mi paciente amigo nuevas anécdotas, de las cuales, sólo citaré dos de ellas, para no hacer interminable la crónica.

Durante la guerra mundial, Costa fué contratado para hacer una tournée por las Canarias. En Cádiz tenía que embarcar para dichas islas, pero debido a las anormales circunstancias, sólo había un mal barco que efectuase aquella travesía; prefiriendo aguardar la llegada de algún trasatlántico, no le favoreció la fortuna, pues todos iban abarrotados de pasajeros, no quedándole otro recurso que utilizar la embarcación que había despreciado. Ello le obligó a tener que permanecer unos días en la hermosa capital gaditana, pasando un verdadero Via-Crucis. Por todas partes donde andaba, le llamaban "Guakero", a cuyo inocente piropo no hacía caso alguno, pero ya intrigado, preguntó a un amigo el significado, el cual le sacó de dudas, manifestándole, que en Cádiz, se publicaba un periódico titulado "Guakero", que insertaba el anuncio de todas las peluquerías. Dándose Costa por



Costa, bajo el cielo africano

amigo, motivando el que no lo hallaran por parte alguna. Pero, a la madrugada, paseando por una calle bastante oscura, vio el botones y, reconociéndole con las señas que le habían facilitado, acercóse a él y le dijo:

—¿Es usted el señor Costa?

—El mismo — asintió éste.

Y el muchacho, lleno de júbilo por el feliz hallazgo, añadió:

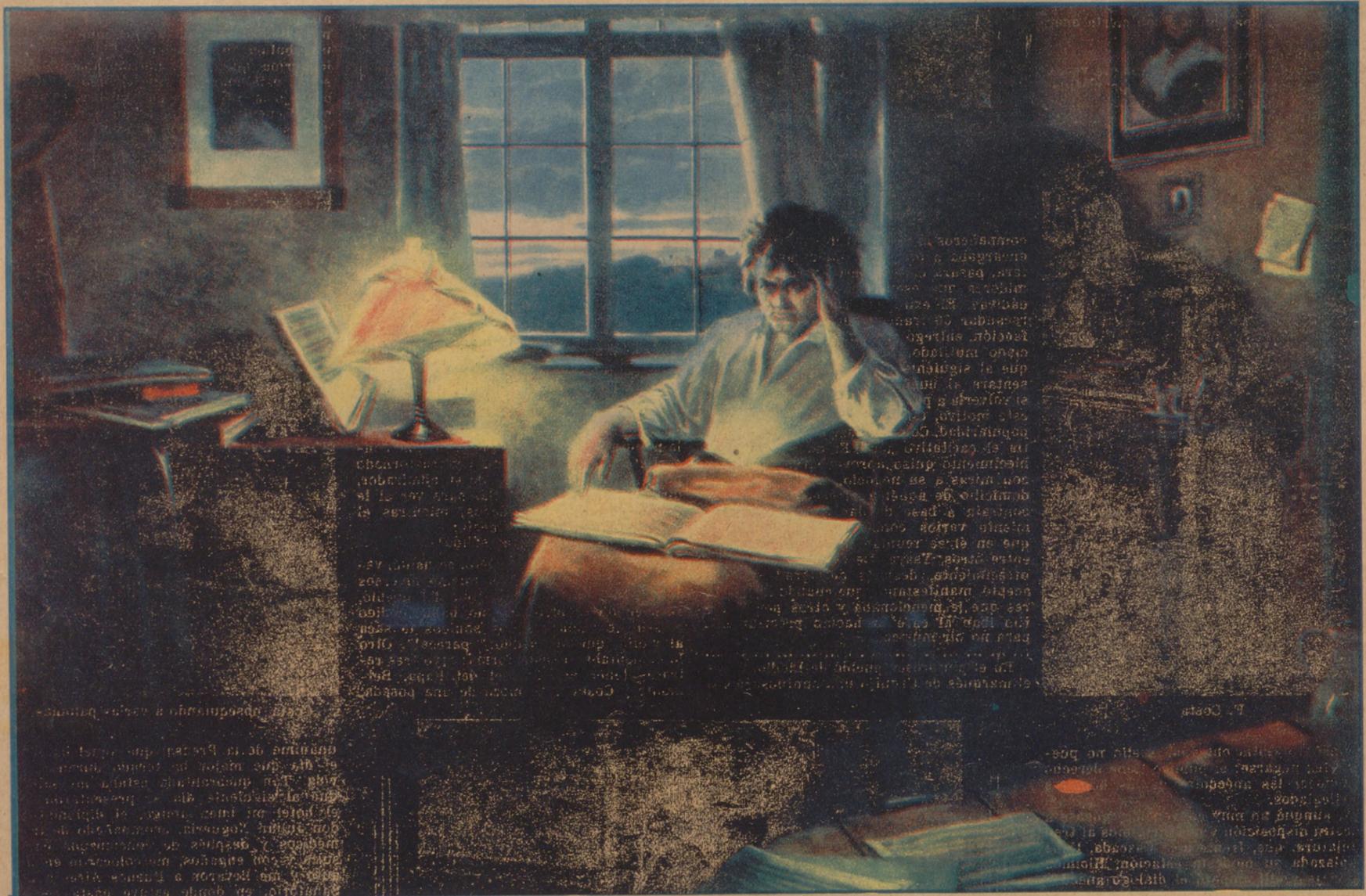
—Pues vaya usted a Teléfonos que tiene una conferencia urgente con Málaga.

Con esto doy por terminado mi trabajo, en la creencia de que mi buen amigo y admirado violinista, verá con gusto cómo he procurado no entretenerme en el terreno biográfico. "Urbi et orbe" es unánime la fama que se le concede al artista español, por lo que huelga su divulgación. ¿Qué persona de mediana cultura desconoce que el mago del violín, entre otras honorosas recompensas está en posesión del Gran Premio de Bruselas (año 1910) y del metálico llamado Van-Hal.

Fotos de A. Goitia.

Blak-Bat.

## REPRODUCCIONES ARTISTICAS



BEETHOVEN

Cuadro de R. Eichstaedt